



“Aquello que amo vive tan lejos de mí mismo, que alzo con todo ardor mi canto desde la roca hacia ello, tan lejano, allá bajo...”.

“Der Hirt auf dem Felsen D 965”, texto de Wilhem Müller/Helmina von Chézy, música Franz Schubert

Recordando a Lenny. Elogio a la memoria de los legendarios músicos del siglo XX

El pastor schubertiano, en su roca, se pregunta:

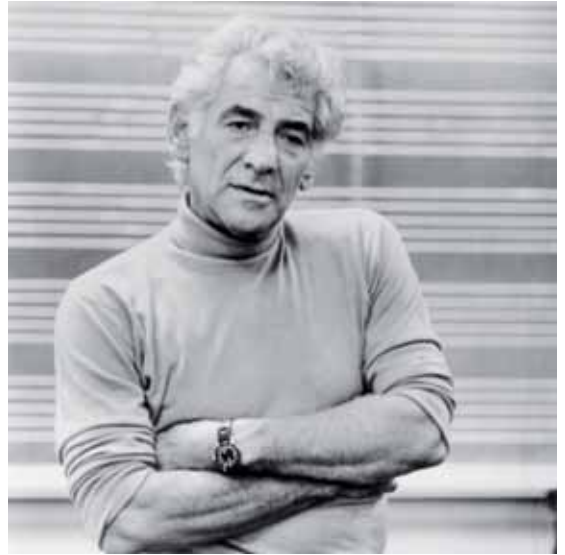
¿Dónde están los sucesores de los directores, pianistas, o cantantes que fueron mitos vivientes de la música clásica en el pasado siglo? ¿Los intérpretes actuales han heredado su carisma? ¿Es preciso que los artistas consagrados porten la antorcha que guíe a los jóvenes músicos?

Han pasado veinticinco años desde que la voz del presentador del tedioso “telediarario” televisivo comunicaba la escueta y fatal noticia: “Ha muerto Leonard Bernstein”. Su irrenunciable pasión -una más- por el tabaco se lo llevó a los 72 años, una edad no excesivamente avanzada para un director de orquesta. Pero Lenny, como todos los melómanos avezados saben, fue mucho más que un gran director de orquesta. Su incontestable carisma se impuso -fundado en un talento desmesurado- en todas las disciplinas que tienen que ver con la música. Fue un consumado pianista, que igual dominaba Mozart o Beethoven, que se transmutaba en un auténtico y genuino jazzman. Compuso músicas memorables en el ámbito del musical (conquistó Broadway), y de la música “seria”, componiendo música tanto tonal, como cercana a la atonalidad. Fue un comunicador inigualable en la próspera América de los años 60, seduciendo al público de las grandes clases medias norteamericanas y reflexionando sobre los valores y el mensaje de los grandes maestros (europeos) de la música clásica. Como director, triunfó con las más prestigiosas orquestas, pues fue titular de la Filarmónica de Nueva York, y al final de su vida, director principal invitado de la Sinfónica de Boston. Cuando decidió embarcarse para dirigir en Europa, a la inversa que su adorado Gustav Mahler (que tuvo que abandonar Viena para convertirse en direc-

tor titular de la Filarmónica de Nueva York), se convirtió en un primus inter pares entre las grandes batutas de los 70-80 (Karajan, Giulini, Carlos Kleiber) y en principal director invitado de dos de las más formidables orquestas de la historia (ambas orquestas mahlerianas): la Filarmónica de Viena y la Concertgebouw de Ámsterdam.

Sus grabaciones de Mahler, Sibelius, Brahms, Beethoven, Ravel, Copland, son hitos prácticamente insuperables (por no hablar de las grabaciones de sus propias obras: *Candide*, *West Side Story*, *Divertimento*, *Halil*, *Mass*, etc.). Su orquesta favorita fue, sin embargo, la Filarmónica de Israel, con la que nos dejó (entre otras versiones señeras) una insuperable, por su profundísima emotividad, *Primera Sinfonía* de Brahms, como testimonio de su enorme carisma y poder de fascinación como director (solo disponible actualmente en DVD).

Siendo todo este bagaje muy considerable, este pastor en la roca no echa de menos a Lenny únicamente por sus logros. Le echamos de menos, por encima de todo, por su carisma, por su forma de ser y, muy especialmente, por su capacidad de hacernos entender y amar la música. También por su talento, liberal (incluso libertario) por su amor por la paz y la concordia, por su enorme voracidad de alcanzar la trascendencia gra-



cias a la música y compartirla con sus semejantes. Bernstein fue un privilegiado pero, los que vivimos su época, su labor musical, y los que la seguimos viviendo a través de su legado discográfico y musical, nunca se lo podremos agradecer bastante.

Pese a todo, la polémica en torno a una figura tan carismática y uno de los pocos artistas de la música clásica de fama mundial (al igual que Karajan, gracias a su presencia frecuente en lo mass media, en la televisión y por qué no decirlo, en los cenáculos y círculos de la jet-set internacional) fue y es inevitable. Sus detractores, los que fueron y siguen siendo sus detractores, nos dejan de Leonard Bernstein un retrato basado en su acusado egocentrismo y narcisismo, su equívoca sexualidad (al final de su vida declaró casi semipúblicamente su homosexualidad), y su relación amor-odio con el pueblo judío (más bien rechazo hacia el lobby judío de Nueva York y los halcones del Estado de Israel y más bien



comprensión por los ciudadanos israelíes moderados, o partidarios de la paz con los países árabes). Todo esto es relativamente cierto, pero admite muchos matices y, en todo caso, es ineludible resaltar que Bernstein jamás rehuyó la polémica ni quiso ocultar al gran público sus debilidades, en un claro síntoma de honradez profesional, artística y humana. En todo caso, si prescindimos del gravísimo error-reconocido por el propio Bernstein - de invitar a los Panteras Negras a un party en su lujoso apartamento neoyorquino, la faceta política del gran músico es irreprochable: quiso siempre que la música no fuera solo un instrumento para la paz y la concordia en un mundo convulso, sino que nos transmitió que es un “argumento” para sosegar este agitado planeta. La utópica fraternidad universal se hace posible gracias a la música, al disfrutarla, vivirla, tocarla o compartirla juntos, no solo en comunidad, sino en “comunidad”. La música trasciende y su poder es universal. De Bernstein nos ha quedado testimonio de ello por ejemplo en su emotiva interpretación de la *Novena* de Beethoven tras la caída del Muro,

último gran acontecimiento histórico que el maestro norteamericano pudo vivenciar antes de su muerte en 1990.

Sin embargo, precisamente esos veinticinco años transcurridos desde la muerte del gran músico hasta nuestros días nos deben hacer reflexionar, con fascinación, pero también con estupor, sobre de qué modo tan vertiginoso ese mundo convulso ha cambiado, y sin embargo -a la manera de Lampedusa- continúa siendo un mundo igualmente convulso (si no más). Del mismo modo, la música clásica siendo eterna e inmortal, ha experimentado cambios importantes, si no en su esencia, sí en las formas o fórmulas de interpretarla. Por un lado, ha ganado prestigio. Por otro lado ha perdido presencia y peso en el panorama mundial. Por un lado, los músicos legendariamente carismáticos, los grandes virtuosos, los intérpretes depositarios de la “gran tradición” han desaparecido: me refiero además de a Bernstein, a Karajan, Callas, Richter, Kraus, Fischer-Dieskau, Du Pré, Rubinstein y tantos otros... Su magisterio, su aureola mítica, la magia o la mística que les acompañaba al tocar son irrepitibles.

Sin embargo, no hay que entender esta afirmación como una nostálgica añoranza de tiempos pasados. Hoy día, el nivel general de los intérpretes quizá es superior técnicamente en todos los instrumentos y disciplinas y la nómina de extraordinarios pianistas, violinistas, cantantes, y directores es extensísima (Mutter, Zimerman, Pollini, Barenboim, Rattle, Muti, Kaufmann, Fleming, Flórez, Georgiu, Dudamel, Meier, Harnoncourt, Scholl, Savall, ¿alguien podría negar que son grandísimos artistas y músicos?). Los canales de difusión son mucho más potentes y la ofer-

ta cultural es muchísimo mayor; pero el vacío que dejan los auténticamente grandes es desolador y la antorcha que portaban, iluminando el camino a las jóvenes generaciones de músicos y melómanos está a punto de apagarse. Hay, sin embargo, motivos para la esperanza. Hay talentos emergentes, con indudable carisma. Pero este tema será tratado por el pastor en la roca más adelante. Sin embargo, hacen falta hoy día artistas que se erijan en maestros y guías tanto de los jóvenes músicos, como de los ya experimentados. Como ejemplo y testimonio, puede servirnos el de la escritora norteamericana Helen Epstein, que entrevistó y “convivió” con Bernstein durante varios meses, para escribir su magnífico libro *Music Talks*. Tras terminar su trabajo y al recordar sus conversaciones con el maestro americano, Helen Epstein declaró: “después de conocer a Leonard Bernstein comprendí por qué había querido convertirme en escritora”.

En sus últimos meses, Bernstein, volcado en la enseñanza en Tanglewood (Festival y lugar de encuentro veraniego-festivo-musical cerca de Boston) nos dejó su última lección. Un alumno, al ser preguntado sobre lo que había aprendido aquel verano de 1990 (el último verano de Leonard Bernstein) dijo que musicalmente no había aprendido nada especialmente nuevo, extraordinario o sobresaliente. Sin embargo, había vivenciado íntimamente, la suprema alegría y la felicidad de “ser músico” y entendido por qué merecía la pena ser músico y este hecho, tan íntimo, tan profundo, pero tan intenso y tan importante para una persona, lo había experimentado tras escuchar las suaves palabras y obedecer los sencillos y exactos gestos ordenados desde el podio por aquel director de orquesta de blanca melena y modales relajados, que era, sin duda, poseedor del enigmático secreto de la música. Y de la Vida. ■

